

UN CRISTO PARA LOS JÓVENES

Segunda parte

JESUCRISTO RESUCITADO ES EL CRISTO DE NUESTRA FE

A modo de transición

Igual que en la Primera Parte, referente al *Jesús histórico*, me he guiado por los apuntes que tenía del libro *SER CRISTIANO*, de Has Küng; en esta Segunda Parte me voy a guiar de los apuntes del libro *JESUS, HISTORIA DE UN VIVIENTE*, de Edward Schillebeeckx¹.

En esta segunda parte me voy a referir al mismo Jesús histórico, pero resucitado ya y actuando en medio de la comunidad de los creyentes. Si en algún momento aparecen algunas repeticiones, a lo mejor es que no he recordado bien alguna de las cosas anteriormente dichas. O puede deberse también a que haya encontrado en mi pequeña investigación, a la que he sometido a ambos autores, algunos matices que me parecen lo suficiente relevantes como para subrayarlos nuevamente.

¹ *JESUS, HISTORIA DE UN VIVIENTE*, Edward Schillebeeckx, Ediciones Cristiandad, Madrid 1981.

1. EL CRISTO DE NUESTRA FE

Una cosa que quiero en estos primeros momentos dejar clara es que esta segunda parte es una consecuencia y continuación de la primera. O sea que todo lo que digamos del Cristo de nuestra fe, en el que va creyendo la comunidad, es una fe en el mismo Jesús histórico con el que habían convivido. Hay una ruptura, ciertamente, con la muerte de Jesús de Nazaret por todo lo que supone la ausencia física de su persona entre los discípulos. Pero hay una continuación porque vieron y experimentaron que el Señor resucitado es el mismo Jesús de Nazaret con el que los discípulos habían convivido antes de su muerte. Esta afirmación la iremos poniendo de manifiesto en todo lo que en esta segunda parte vamos a ir diciendo.

Un ensayo de Cristología

Parto de las cuestiones concretas que como creyente me hago y quiero contestar a las preguntas que me surgen sobre la resurrección de Jesús. Toda Cristología es un ensayo acerca de los datos revelados que tenemos sobre Cristo. (Cristus = Ungido para enviar a una misión). Este nombre de Cristo que le damos al Señor resucitado no es un nombre que le dieran a Jesús de Nazaret mientras estaba con sus discípulos. No. Este nombre surge en las comunidades que se forman alrededor del Señor resucitado. Con este nombre los discípulos están ya afirmando que el Jesús histórico, con el que ellos convivieron, es el Ungido como Mesías y Enviado por el Padre para nuestra salvación. En este Cristo las primeras comunidades vieron cumplidas todas las promesas que en el Antiguo Testamento Dios había hecho a su pueblo de enviarles un Salvador.

Historia de un tullido

Schillebeeckx empieza su libro con la historia de un tullido que pedía limosna en las puertas del Templo de Jerusalén (Hch 3, 2) y al que los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan le “curaron en nombre de Jesús”. Ante el asombro de lo que había sucedido Pedro dijo a las autoridades judías: “*Sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que ha sido por el nombre de Jesucristo, el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos, por el que éste se presenta aquí sano entre vosotros...*” (Hch 4, 10ss).

La predicación de los Apóstoles

Casi siempre que he tenido que argumentar sobre la Resurrección de Jesús he razonado desde la predicación de los Apóstoles. Lo he hecho de una manera sencilla. Si los Apóstoles, después de ver morir a su Maestro por lo que dijo y por lo que hizo, al poco tiempo ellos continuaron diciendo y haciendo lo mismo que hacía Jesús, tenía que ser por alguna razón. O ¿es que estaban locos? O ¿es que no se dieron cuenta de que podían terminar como terminó Jesús? Si no estaban locos ni eran tontos y siguieron haciendo y predicando lo mismo que su Maestro, tenía que ser por alguna razón que nos conviene investigar. Es en la predicación de los Apóstoles y en sus escritos en los que se fundamenta nuestra fe. O dicho de otra manera: si nosotros ahora creemos es porque ellos nos predicaron lo que Jesús predicaba. Si a nosotros nos ha llegado su testimonio es porque Jesús les encargó que fueran por todo el mundo y predicaran a todas las gentes su Evangelio. Es aquí donde radica el principio de nuestra fe.

Variados desafíos

Como creyente quiero tener una fe que pretende encontrar las razones por las que creo y razonar para ver más clara mi fe. Una cosa implica a la otra. El orden con que se sucedan no me importa. Lo que pretendo es respetar tanto el discurso de la fe como el de la razón, tratando de conjugar ambas. Sin olvidar que la salvación que Dios nos ofrece en Jesús, su Hijo y nuestro Señor, es siempre un misterio, dentro de la acción salvífica y misteriosa de Dios en la Historia.

Desde que empecé a estudiar la Teología también se me plantearon algunos desafíos particulares. Fue algo en lo que insistió bastantes veces el profesor de Dogmática y que más ha influido en mi formación y en el planteamiento de mi fe y de mi vivencia religiosa. Nos dijo muchas veces que a la Teología teníamos que ir a encontrar las raíces de nuestra fe y que nos la teníamos que plantear como un problema vital en nuestra existencia cristiana. También nos avisó de que muchas veces en nuestra vida de creyentes podíamos pensar fácilmente que nos estábamos “*encontrando*” o que se nos “*estaba apareciendo*” el Señor, cuando, a lo mejor, sólo nos estábamos dejando engañar por “*fantasmas*” o por “*los ángeles de las tinieblas o por ilusiones*” de nuestra imaginación o de nuestra propia soberbia. No sé si lo expreso bien, pero este planteamiento me daba un poco miedo y me dejaba grandes dudas. Podía parecer que estábamos tocando el cielo y lo que en realidad ocurría era que nos estábamos dejando llevar por nuestra soberbia, creyéndonos mejores que los demás, con una fe y una vivencia grande de ella ...

Para bajarnos de estas vanas ilusiones o iluminismo nos decía que teníamos que contrastar todo esto con nuestra vida cotidiana, y si en ella no éramos fieles y trabajábamos de verdad con y por los más pobres, pues que sencillamente todos estos encuentros o apariciones del Señor a nosotros eran o podían ser solamente unas falsas ilusiones más. Todo esto nos producía grandes dudas, por lo menos a mí. Y no sólo entonces, sino después en muchas etapas de mi vida como creyente han sido algo recurrente que me ha acechado y me ha hecho repensar muchas cosas y planteamientos personales.

En mis ratos de meditación o de oración, cuando tenía estas dudas durante mucho tiempo, el desafío que he planteado al Señor ha sido éste: que le quería ver o que quería que se me apareciese o encontrarle en mi trabajo de todos los días, en mi dedicación a los demás y especialmente en mi trabajo con los pobres. Quería que el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo donde nos dice Jesús: “*Tuve hambre y me distéis de comer...*”, se hiciera verdad en mi vida y que lo sintiera y lo viera ahí al Señor. Esto es lo que creo que se ha realizado en muchas ocasiones a lo largo de mi vida. Aquí y ahora no me entretengo en explicarlo más. Ya habrá momentos y ocasiones en que lo explicitaré más detenidamente.

1.2. JESÚS DE NAZARET

ES RECONOCIDO COMO CRISTO Y MESIAS

Vamos a intentar de ver -otra vez más- cómo podemos llegar a conocer y creer que Jesús de Nazaret es el Cristo o Mesías, el Señor y el Hijo de Dios. O mejor, vamos a ver cómo nos presenta el Padre Dios la oferta de salvación en su Hijo, Jesús de Nazaret, si creemos en El y nos adherimos a El como Cristo enviado por el Padre, con plenos poderes para realizar esta Salvación. Si aceptamos esta oferta o no la aceptamos depende de nosotros, pero en ello nos jugamos mucho y no podemos pasar de ella, como si no nos atañera mucho o con nosotros no fuera.

La persona humana de Jesús como eje central de nuestra búsqueda

La pregunta sobre quién es Jesús de Nazaret nos la tenemos que plantear desde su historia anterior y posterior: su historia pasada, como base ante la que reacciona; su historia presente y las relaciones con sus contemporáneos, para ver las reacciones de su pueblo y de todos los que convivieron con El; y su historia posterior, para ver si los proyectos que El quiso promover los llevaron adelante sus seguidores. Sólo así podremos explicar lo que es el cristianismo, ya que los mismos Evangelios nos relatan lo que un tal Jesús significó para la vida de algunos hombres y mujeres desde entonces. Y será desde las primeras comunidades cristianas desde donde mejor podremos ver lo que dijo y lo que hizo este Jesús.

La oferta de salvación que nos ofrece Jesús de Nazaret

Lo cierto es que frente a la oferta de salvación de Jesús de Nazaret algunos judíos reaccionaron con un sí incondicional. El contenido de tal oferta es menos claro. Lo tenemos que deducir indirectamente de las reacciones y testimonios recogidos en el Nuevo Testamento. Las respuestas de las primeras comunidades cristianas, dentro de un lenguaje de fe, se refieren al auténtico Jesús de Nazaret, y a su realidad concreta que les interpelaba personalmente. Las comunidades cristianas ponen el acento no sólo "*en que Jesús murió por nuestros pecados, sino en que murió y resucitó*" (I Cor 15, 3s). Lo que sabemos sobre este acontecimiento nos llega a través de la vivencia que experimentaron en sí las mismas comunidades de una nueva vida como don del Espíritu. Experiencia de vida nueva, pero dependiendo de la "*memoria*" de Jesús. Nadie podrá negar que este hombre ejerció ese profundo influjo no sólo sobre el grupo de contemporáneos que se hicieron discípulos suyos, sino también sobre quienes después lo siguieron.

Los títulos que dan a Jesús de Nazaret las primeras comunidades

Los títulos o nombres que le dan a Jesús o con los que le reconocen los creyentes sirven para expresar de algún modo sus experiencias. Fueron los más elevados entre los existentes entonces: Mesías, Cristo, Hijo de Dios, Señor... Pero lo principal es la experiencia cristiana en cuanto respuesta de la comunidad a la oferta salvífica de Jesús. Podemos llamar a esta experiencia como experiencia de apertura o descubrimiento: una experiencia que vale tanto para los que habían conocido personalmente a Jesús, como para los que le conocieron a través de su "*memoria*" y de la vida de la comunidad. En Jesús descubrieron algo que no es directamente demostrable, pero que resplandece

como una evidencia otorgada al que adopta ante Jesús una actitud sincera en el seno de una comunidad viva.

El acontecimiento de Pentecostés

En los Hechos de los Apóstoles (cap. 2), a los cincuenta días después de la Pascua, hay un relato de las experiencias que del Espíritu Santo tenían las comunidades, aunque en el Evangelio de Juan la efusión del Espíritu tiene lugar en la Pascua misma, es decir conectada directamente con la Resurrección. Con esto podemos ver que Jesús y el Espíritu están íntimamente ligados como recuerdo y presencia. El mismo Juan (cap. 14, 26) presenta al Señor en su vida pública diciendo que *“el Espíritu que ha de venir les recordará todo”*. (Parecidos circunloquios son propios del Evangelio de Juan en muchos temas). Por todo esto tenemos que decir que las experiencias que tiene la comunidad están estrechamente ligadas a la memoria de Jesús. Y por eso, cuando las comunidades cristianas reflexionan sobre sus propias vivencias, explican su experiencia relacionándola con el Espíritu y con Jesús de Nazaret. Esta experiencia es la matriz de todo el Nuevo Testamento como testimonio escrito. Así las primeras comunidades nos resultan históricamente accesibles con su experiencia y constituyen el acceso legítimo a Jesús. Y también podemos decir que lo que el Jesús histórico nos legó no es una especie de resumen o de retazos de su predicación o de los hechos sobre el reinado de Dios. No; lo que Jesús nos dejó es como *“un movimiento”*, una comunidad viva de creyentes, que fueron tomando conciencia de constituir el nuevo pueblo de Dios, las primicias de todo Israel y de toda la humanidad: *“un movimiento de liberación total y válido para siempre”*, capaz de reunir a todos los hombres. Es decir una paz y salvación universal.

La experiencia religiosa de la comunidad cristiana con respecto a Jesús

Es una experiencia eclesial y colectiva que insta a los hombres y mujeres de la comunidad a dar el sentido último de su vida en relación con Jesús o que les insta a interpretar la vida de Jesús como la acción definitiva de Dios en la historia para la salvación o liberación de todos los hombres. O lo que es lo mismo, que un grupo -o varios grupos, las diversas comunidades- ha encontrado la salvación definitiva de Dios en Jesús de Nazaret; que la vida de Jesús repercute en la situación histórica actual de las comunidades cristianas y que tiene un significado decisivo para la opción fundamental de la vida aquí en la tierra y para la comunión definitiva con Dios. Se trata de la decisión que el hombre, inmerso en una comunidad, toma con respecto a Jesús. O con otras palabras, que el hombre deja que Jesús determine su vida de acuerdo con las circunstancias cambiantes y eclesiales de cada momento.

Este es el hecho importante: que el acontecimiento de Jesús es el origen de la experiencia comunitaria comprobable históricamente y domina tal experiencia. O dicho de otro modo: que el acontecimiento de Jesús es el factor constante de la vida cambiante de la comunidad de Dios -o comunidad de Cristo-. Esta es la experiencia que se forja la comunidad, provocada por la impresión que Jesús produce en sus discípulos y que sigue produciendo a través del Espíritu en los hombres que han experimentado la salvación definitiva en Él. Y esto, al mismo tiempo, es la oferta inicial, que es Jesús mismo, pero como oferta hecha y aceptada por la comunidad cristiana creyente y que nosotros experimentamos después también en nuestra historia. Podemos decir, en pocas palabras, que la persona de Jesús suscitó esta típica reacción de fe que se refleja en la comunidad.

1.3. RELACIÓN ENTRE JESUS DE NAZARET

Y LA SAGRADA ESCRITURA

¿Qué implica todo esto? Que la revelación por parte de Dios de la oferta de salvación que nos ofrece en Jesús no puede buscarse en un sentido literal de la Biblia sin más. La revelación es la acción salvífica de Dios en cuanto experimentada y expresada en toda la *“historia de la salvación”*. El Nuevo Testamento es la interpretación cristiana de lo que se había experimentado con Jesús y de lo que todavía se experimentaba en las comunidades cristianas, y ello a la luz del Antiguo Testamento. Esta interpretación cristiana del Antiguo Testamento se explica en parte en las diversas interpretaciones neotestamentarias de Jesús, que desembocaron en diversas cristologías. Fenómeno que se ha prolongado después y se está prolongando hasta nuestros días.

Por eso el Nuevo Testamento, como documento escrito, está inmerso en la vida de un *“movimiento”* y ofrece una imagen de su cristalización inicial (desde el primero al último de sus escritos transcurre un periodo de unos cincuenta o sesenta años). De esto se deduce que el Nuevo Testamento no tiene una autoridad aislada e independiente. Es la comunidad viva el documento normativo que nos ha dejado Jesús y no otro documento o escrito. *“Vosotros sois nuestra carta, escrita en vuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres”* (II Cor 3, 2s). Por otra parte, en el Nuevo Testamento ocurre algo irremplazable y único que nos ofrece la vía de acceso más directa -la única posible y mejor fundamentada históricamente- hacia el acontecimiento original: *“el movimiento cristiano”* recibió su impulso original en Jesús de Nazaret. La experiencia originaria de revelación a los primeros cristianos -de entre los cuales ya habían muerto algunos- aparece todavía palpitante en el Nuevo Testamento a través de tradiciones fidedignas en las que, incluso, se narran acontecimientos que resultaban un poco desagradables para las comunidades cristianas y sus dirigentes. Por lo cual se colige que no pueden haber sido inventados por ellos.

Las primeras comunidades cristianas creen que ese *hombre histórico*, Jesús de Nazaret, es el mismo Jesús resucitado, el Cristo que se les ha revelado como Mesías Salvador (este concepto era netamente judío, no inventado por los creyentes en Jesús). Ven concretamente cumplidas en Jesús sus esperanzas y utopías más elevadas. Por eso, tenemos que decir que el origen del cristianismo no reside en Jesús ni en las primeras comunidades, sino en ambas realidades unidas. No hay cristianismo sin Jesús, pero tampoco tenemos la experiencia de *Jesús resucitado, el Cristo de nuestra fe*, sin cristianos. Este hecho originario de la formación de la comunidad cristiana, posee realmente un valor normativo: la Iglesia antigua refleja en el Nuevo Testamento el acontecimiento de Jesús resucitado a la luz de su influjo sobre un grupo de hombres. Por ello el contacto entablado permanentemente con la primera respuesta a una oferta original en la historia es siempre normativo para nuestra propia respuesta. Y por eso, la interpretación católica, según la cual la Iglesia como comunidad es el único vestigio vivo de Jesús de Nazaret, *muerto y resucitado*, y es, por tanto, la única norma para la comprensión de nuestra fe, y que puede ser calificada como una de las más extraordinarias intuiciones para la comprensión de nuestra misma fe.

Relación entre Jesús de Nazaret y la tradición viva de la Iglesia

La relación entre Jesús y el Nuevo Testamento es la misma relación que se está dando en la historia de la Iglesia entre Jesús y la *tradición viva* que pasa de los Apóstoles a sus sucesores. Con todo esto también podemos decir que la historia de la respuesta cristiana a Jesús no acaba con la fijación del Nuevo Testamento canónico. El Nuevo Testamento -en su valor normativo, fundamentado en la experiencia de las comunidades de Cristo- no es como un depósito de verdades eternas y literalmente inmutables, que sólo exigirían una adaptación interpretativa para los tiempos modernos. Más bien es un conjunto diferenciado de distintas respuestas cristológicas a la oferta de Jesús. Esta diversidad está limitada por la oferta histórica misma y, en consecuencia, por la memoria de Jesús, y responde a las nuevas situaciones históricas. Así se hizo en el tránsito del cristianismo judío al cristianismo de los gentiles. Y así ha seguido ocurriendo en los diversos tránsitos del cristianismo en las diversas épocas y a través de las diversas culturas, con todas sus luces y sus sombras, tratando -eso sí- de superar todas las herejías que han brotado en el seno de las comunidades creyentes.

La “*novedad*” de la respuesta de las comunidades creyentes es obvia: Que el don de la fe en Jesús de Nazaret, como Mesías, no sólo se ofrece al antiguo pueblo de Israel que le espera, como vemos en el Antiguo Testamento, sino que se ofrece también a los paganos y a las diversas culturas. Y esto decimos es la “*gran novedad*” enriquecedora del cristianismo. Con lo cual se ve enriquecido el propio cristianismo y adopta configuraciones nuevas, con respuestas propias a los nuevos problemas que se plantean. Podríamos decir también que el recuerdo de Jesús sigue siendo el principio rector de todas esas transiciones, pero siempre fecundado por los problemas de cada época y de cada pueblo. Por eso también podemos decir que el presente, con sus actuales modelos de experiencia, es también sólo un momento dentro de una historia que camina hacia el futuro y que, en cuanto tal, debe ser el lugar en que los cristianos de hoy demos nuestra respuesta de fe a Cristo. La predicación y la teología no pueden prescindir de una referencia a cada tiempo y a sus problemas. Por ejemplo, el hecho de que en nuestra época se anhele la paz, la justicia y la liberación de los oprimidos... tiene que dar una configuración propia a nuestra imagen de Jesús, pero sin olvidar nunca la memoria del Jesús histórico. Las experiencias y esperanzas actuales de la humanidad son, por tanto, un elemento constitutivo de nuestra respuesta a la pregunta: “*Y vosotros ¿quién decís que soy yo?*”. La revelación sólo se realiza plenamente como tal en la respuesta creyente a una situación concreta en el horizonte de la propia problemática, teniendo en cuenta que nuestros problemas son distintos de los del pasado.

1.4. LA HISTORIA CRISTIANA DESPUES DE

LA MUERTE DE JESUS DE NAZARET:

EL REINO DE DIOS TOMA EL ROSTRO

DE JESUCRISTO RESUCITADO

Está suficientemente claro que es desde la relación y desde la vivencia que Jesús de Nazaret tiene con el Padre Dios, desde su “*abba*” (palabra que significa “*papa o papaíto*” en idioma arameo y con la cual nos quiere Jesús transmitir ese sentimiento de amor, de cercanía y de confianza que un hijo pequeño siente en los brazos de su padre), es desde donde parte toda su actividad. También nosotros tenemos que partir desde esa vivencia y relación de Jesús con el Padre para entender toda su actividad, todo lo que hizo y todo lo que dijo durante toda su existencia humana y terrena. Y tenemos que volver a preguntarnos si esta vivencia y esta experiencia de Jesús con respecto al Padre Dios fue sólo una fantasía suya. ¿Fue esta esperanza suya en el Padre Dios una utopía solamente? O ¿se trataba de la esperanza puesta en alguna de las promesas reales hechas al Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento y que en Jesús de Nazaret llegaban a su pleno cumplimiento? Aunque nuestra fe se basa en la fe en Jesús y en el Dios en quien El creyó, no podemos dejar de preguntarnos si tiene razón este hombre Jesús. Partiendo de su profunda intimidad religiosa con Dios como Creador y con Dios como ser preocupado por el bien de los hombres, debemos decir que las pretensiones de Jesús y el propósito religioso que le mueven es algo muy importante. Y sólo una pregunta más: ¿Hace todo esto posible la utopía de Jesús?

O rechazamos o admitimos lo que nos propone Jesús de Nazaret

La cuestión es vital: En la vida y en la muerte de Jesús ¿ha triunfado el Reino de Dios, o ha triunfado el reino de este mundo, el reino del mal, del pecado, de la muerte, del demonio...? Es algo sobre lo que tenemos que volver a preguntarnos. Tenemos necesidad de reinterpretar la pasión y muerte de Jesús de Nazaret. Un cristiano que parta del Jesús histórico y quiera examinar lo que la Iglesia nos quiere transmitir con las ideas del sentido salvífico de la muerte de Jesús, debe llegar a entender un poco qué significa eso de “*sacrificio expiatorio*”, “*rescate*”, “*satisfacción...*” por nuestros pecados.

Antes hemos dicho que la Iglesia antigua aparece en el Nuevo Testamento como reflejo del *movimiento* alrededor de la *memoria* de Jesús de Nazaret, muerto y resucitado. Ahora nos vamos a fijar sobre todo en los efectos que esta muerte y resurrección produjo sobre el grupo de personas que formaron su comunidad. En esta comunidad se ve como una tensión constante entre sus expectativas y sus esperanzas y lo que realmente se había manifestado en Jesús de Nazaret. El creyente debe atenerse a lo que se manifiesta en Jesús y examinar muy bien los “*acontecimientos de Jesús*”, con todo lo que esto supuso para los primeros cristianos y todo lo que esto supone ahora para nosotros. Podemos partir de su situación y de la nuestra y reflexionar sobre estos datos históricos. Porque el servicio al amor, que es el motivo principal por el que se mueve Jesús y que alcanzó el punto culminante en su muerte, y las demás motivaciones

pueden servirnos para formular ahora nosotros las maneras de vivir nuestra fe. Pero el aspecto negativo de su muerte será siempre algo que no podremos pasar por alto, sobre todo cuando va implícito el que, si Jesús de Nazaret se equivocó o fracasó en estos planteamientos, llevó a las primeras comunidades, y también posteriormente nos está llevando a todos los que le seguimos al mismo fracaso y a las mismas equivocaciones tuyas. En resumidas cuentas: O fracasó Jesús o tenía razón. Es una disyuntiva que nos planteamos y que no dejamos de plantear también al Dios en quien creyó Jesús, que es también nuestro Dios. Y es que para nosotros, desgraciada o felizmente, la historia de Jesús de Nazaret no acabó con su muerte.

Desde el “escándalo” de los discípulos ante la muerte de Jesús

Vamos a pasar del “escándalo” y dispersión de los discípulos por el prendimiento y la ejecución de Jesús de Nazaret a su reencuentro con El resucitado. O lo que es lo mismo, vamos a verles pasar de la actitud de postración y desánimo, en que quedaron a su muerte, a la actitud de alegría, de nueva ilusión y hasta de cierta valentía, que se les ve adoptar desde las primeras “apariciones”, en las que les dicen los ángeles: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?” (Luc 24, 5). Los discípulos comprendieron luego que el haberle fallado a Jesús se debió a su “poca fe”. Pero también comprendieron que, a pesar de su caída, después de la muerte y resurrección de Jesús, estaban en las manos misericordiosas del Padre Dios. Lo comprendieron por las palabras y los hechos que habían visto y oído al mismo Jesús tantas veces. La dispersión y la posterior reunión de los discípulos es algo que tenemos que ver más detenidamente. Que todos fallaron a Jesús fue algo evidente. Las que menos fallaron fueron las mujeres. Pedro fue el primero que falló. También es verdad que Pedro será el primero de los varones que se convierta a Jesús resucitado. Cuando el Señor, después de la Resurrección, les dice: “Iré por delante de vosotros a Galilea” (Mc 14,27ss), lo que quiere es establecer un nexo entre su fallo y dispersión con la reunión que después va a tener con ellos.

Y tenemos que seguir preguntándonos si las *apariciones* de Jesús constituyen una base sólida para afirmar la conexión entre las negaciones o fallos de sus discípulos y su posterior reunión con El. Porque los diversos relatos de las apariciones nos dan a entender, por lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles, que la Iglesia primitiva no las apreció de la misma manera. También, por ejemplo, tradiciones sobre “*el sepulcro vacío*” (Mc 6, 1-8) hay bastantes. Se llega hasta a hablar de un “*rapto*” por parte de sus amigos (Lc 24, 1-12). No podemos olvidar que se trata de una experiencia de fe y que el lenguaje que emplea tiene sus porqués. Es un lenguaje escatológico que tiene unas finalidades concretas, especialmente con vistas a la “*misión de la Iglesia*”.

“¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?”(Lc 24,5)

La tradición apostólica oficial se apoya en: “*Creemos que Dios lo ha resucitado...*” (I Tes 1, 10). También en lo que dice San Pablo: “*Jesús se apareció...*” (I Cor 15, 3ss). Igualmente se dice en varias ocasiones, tanto en los Evangelios como en los Hechos de los Apóstoles que el Señor se apareció a Simón Pedro y a los Once. El que Pablo nos diga que “*vio al Señor en el camino de Damasco*” (Hch 9 y 26) no deja de ser una “*aparición de conversión*”. También se le considerará después como otra de las “*apariciones pascuales*” y va a ir incluida en la lista de las demás “*solemnes apariciones oficiales*”, como las que les hace el Señor a Simón Pedro y a los Once. Con

todo esto no se pretende otra cosa que justificar y legitimar teológicamente la *misión de la Iglesia* que también la tiene Pablo como “*Apóstol de los gentiles*”. Y que la vocación de Pablo no deja de ser una vocación tan eclesial como la de Pedro y la de los Once. Cuando Pablo llega a Roma y predica allí el Evangelio lo dice esto claramente a la comunidad en la que hay judíos y paganos: “*Por tanto, sabed vosotros que la salvación de Dios se envía también a los gentiles; ellos sí escucharán*” (Hch 28, 28). Lucas, que está ya entonces muy unido a Pablo, debió escuchar esto con gran alegría, pues él provenía del mundo gentil. También Pablo, viendo la gratuidad de su vocación dirá: “*Y cuando Aquel, que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, se dignó revelarme a su Hijo para que yo lo anunciara a los paganos...*” (Gal 1, 15). Se ve en todo esto que vamos diciendo cómo se pasa de los relatos de las “*apariciones-visiones para la conversión*” a los relatos de las “*apariciones-visiones pascuales*” para justificar la *misión* posterior de la Iglesia.

La “*experiencia pascual*”: Convertirse y creer en Jesús de Nazaret como en el Cristo resucitado y hallar en El la salvación

Desde que nos narran las primeras *apariciones* hasta que los discípulos de Jesús se reúnen por iniciativa de Pedro pasa un período considerable de tiempo: “*los cuarenta días*” que van desde la resurrección del Señor hasta su ascensión a los cielos. Para el pueblo de Israel este número de *cuarenta días* es un período largo de tiempo. Nosotros, con nuestra mentalidad más moderna, no debemos mirar este número de días como un número exacto sin más. Que fueran cuarenta ó más días no cambian las cosas ni su significado para nosotros. Y lo que sí debemos tener suficientemente claro es que el cambio del estado de ánimo y de actitud en Pedro y en los demás discípulos no fue algo que ocurrió en unos momentos, enseguida, en el término de unas horas, o el de unos pocos días, o incluso en unas cuantas semanas. No. Todo este cambio (o conversión) tardaron bastante tiempo en realizarlo.

Los relatos de las *apariciones* no dejan de ser como una larga historia de sus “*conversiones*”. ¿Qué fue lo que les llevó a los discípulos y a los amigos de Jesús a abandonar a su Maestro? Y ¿por qué luego de nuevo se reunieron en su nombre, presentándolo ya como Cristo, como Hijo de Dios y como su Señor? Abandonan a Jesús de Nazaret en su muerte y después se reúnen nuevamente y lo proclaman como Resucitado. No deja de ser esto curioso y de llamar la atención. ¿Qué es lo que realmente les ha sucedido a los amigos y discípulos de Jesús en este intervalo de tiempo? Esta es la cuestión nuclear que nos va a llevar a adentrarnos en la experiencia que tuvieron las primeras comunidades acerca de la Resurrección.

¿Qué es la Resurrección?

Al hablar de la Resurrección no podemos olvidar que se trata de un concepto “*meta-histórico*”, es decir, un concepto de algo que está más allá de la historia y de lo que experimentamos normalmente, y que, por lo mismo, es muy difícil hablar de ello y de expresarlo y catalogarlo correctamente. Nadie presenció el acontecimiento de la Resurrección del Señor. Y tenemos que decir, aunque esto sea un anacronismo, que si hubiera estado allí un fotógrafo, sus cámaras no hubieran podido hacer ninguna fotografía ni ningún reportaje, porque la Resurrección es un hecho que está más allá de las experiencias humanas y normales de nuestro sentido de la vista. No es este el camino que debemos seguir, si queremos encontrar alguna luz en lo que digamos de la

Resurrección. Es necesaria una “*determinada*” experiencia y también “*cierta*” interpretación de la misma. Lo que vemos es que los que se han escandalizado con la muerte de Jesús de Nazaret, tras algún tiempo, lo proclaman como el portador único de la Salvación. Y para todo esto vemos que es necesario que hayan pasado por un “*proceso de conversión*”.

El sepulcro vacío puede no decir nada a los discípulos y a los demás. Podría tratarse de un “*rapto de cadáveres*”, cosa no rara en aquel tiempo, especialmente tratándose como se trataba de un personaje tan peculiar como es este Jesús. Y los mismos relatos de las *apariciones* de Cristo podían ser producto del acontecimiento y de todas las experiencias posteriores de una Iglesia ya establecida. Los discípulos -lo diremos una vez más- fallaron por miedo y abandonaron a Jesús en los momentos más difíciles de su vida; pero su relación con El incluía también un recuerdo grato de toda su actividad y de todo su mensaje. Lo que pasó es que reconocieron al Dios de Jesús como un Dios que se apiada y perdona sin condiciones. Si Jesús había comido con pecadores sin ponerles condiciones, a ellos no les iba a tratar de otra manera. Por eso, a pesar de fallarle a Jesús en los momentos difíciles de su muerte, mantuvieron su fe en el Señor. Ellos se sentían unos hombres, más que infieles, desolados.

Los discípulos de Jesús se reúnen por iniciativa de Pedro

Los hechos más antiguos testimoniados por el mismo Pedro (Mt 28, 9s y 16, 20; Lc 24; Jn 20) y por Pablo están subyacentes en estos momentos en que se van reuniendo todos los discípulos en torno a Pedro. Más que una información histórica sobre todo el “*proceso de reunirse*” lo que proporcionan estos relatos es la justificación y la legitimación de la misión de la Iglesia con vista a su “*salida por todo el mundo*”. O también, va a ser la visión que la Iglesia va teniendo de sí misma desde los primeros momentos. Y es ahora cuando se va a dar la ruptura definitiva con el judaísmo oficial. También va a ser ahora cuando se va a empezar a constituir la Iglesia como nuevo grupo o como el “*nuevo pueblo de Dios*”. Es también muy probable que históricamente, si exceptuamos las *apariciones* a las mujeres, Simón Pedro tuviera la *primera aparición* del Señor (Lc 24, 34) y que fuera también el primero en experimentar todo lo que conllevaba el que se le “*apareciera y viera a Jesús*” después de la muerte.

La experiencia del perdón

Si Simón Pedro negó a Jesús (Mc 14, 26; 16, 7), también fue seguramente el primero en reconocerlo como Resucitado. La experiencia del perdón a Pedro se le quedó bien grabada. Si tres veces le negó, también tres veces se lo recordó Jesús, hasta que se sintió perdonado. Fue para él un hecho de gracia (Jn 20, 30ss). También los demás discípulos vivirán y transmitirán esta experiencia tan maravillosa del perdón porque la experimentaron de una manera directa con el mismo Jesús. Así fue para los discípulos esta experiencia del perdón y las demás experiencias pascuales. De todos modos no dejan de ser experiencias un tanto ambiguas y difíciles de expresar. Pero este va a ser el “*terreno en que se van a mover con el Resucitado*”.

1.5. UNA BREVE RECAPITULACIÓN Y RESUMEN

“*Del Jesús histórico al Cristo de nuestra fe*”² creo que se puede resumir en un pequeño esquema-recapitulación de todo lo que llevamos dicho hasta ahora.

Proceso y recorrido de forma breve por la vida de Jesús de Nazaret

Es en la primavera³ de Galilea cuando Jesús de Nazaret, al ver las diversas dificultades por las que está pasando su primo Juan el Bautista con sus denuncias y predicación, se lanza a proclamar la “*buena noticia*” de su Evangelio. Jesús sintonizaba con aquel pueblo sencillo que estaba esperando al Mesías, como enviado de Dios, que le trajera la liberación en unas circunstancias tan precarias como estaba. En la predicación de Jesús de Nazaret aquella pobre gente encontró algo más que palabras; encontró algo nuevo... Las predicaciones del Nazareno tuvieron la novedad de partir desde las lamentables condiciones que el pueblo padecía y no desde los presupuestos de la sociedad religiosa o civil de aquellos momentos. Jesús no se dejó atrapar por estos esquemas más o menos válidos. No; El va a utilizar todos esos esquemas como un hombre más en la calle, en las plazas públicas y en los cruces de caminos. Es ahí donde va a realizar su misión, que no es otra que invitar a todos los hombres y mujeres, cansados y agobiados, a que entren en el Reino de Dios. Con Jesús ya ha llegado el Reinado de Dios y se va a empezar a vivir la fraternidad entre nosotros.

Jesús tiene un nuevo estilo y con su espíritu libre se salta todas las tradiciones. Uno de sus discípulos es *celota agitador*; otro es un *publicano*... A ninguna de ellos les pone reparos, aunque sean de los grupos y clases sociales mal vistos. El descanso sabático es algo que ni le va ni le viene... Para El sólo valen dos mandamientos: el amor al Padre Dios y el amor a los hermanos. Son las personas las que cuentan para él. La persona, hombre o mujer, vale más que cualquier otra práctica religiosa... Perdona los pecados en público y con una gran autoridad... Y también hace otros muchos signos o milagros... Le gusta comer con la multitud... Banquetea en casa de fariseos o publicanos...

Este podría ser el resumen de la primera etapa de la vida de Jesús de Nazaret en Galilea o primavera galileana, que decíamos antes.

Cambio de táctica

Pero pronto, de saciar el hambre y de comer con la gente sencilla, de hacer muchos signos y milagros en favor de los más pobres, Jesús pasa a atacar a los poderosos de este mundo, que son la causa de tantas injusticias... Se da cuenta de que el mal no se arregla corrigiendo sus efectos, sino atacando a las causas, denunciando los poderes maléficos de los reinos de este mundo. Así pasa Jesús de un triunfalismo milagrero a la debilidad y a la humildad de su testimonio en favor de la verdad, en favor

² Este tema lo preparé para darlo en el Catecumenado de Adultos, en diciembre 1995, a los que ese curso se preparaban para recibir el Sacramento de la Confirmación mayores de 25 años.

³ Llamamos primavera aquí no en su sentido estricto de una de las estaciones del año climatológico, más bien lo hacemos para resaltar los primeros tiempos de la vida pública de Jesús en los que todo le iba bien y no tenía casi oposición por parte de los escribas y fariseos ni de la autoridades judías.

de la justicia... y en favor de la auténtica paz. Esto le va a traer grandes animadversiones hasta llevarlo a morir en la cruz...

Además del conocimiento que tenía de toda esta situación por las denuncias de los Profetas como cualquier judío, es que Jesús lo aprende todo por su propia experiencia. Descubre, desde los datos que le aporta la realidad que le rodea, por dónde quiere el Padre que discurra su misión. La opresión del hombre por el hombre eso es lo que es pecado para Jesús. Por eso sus denuncias contra el pecado son a la vez palabra de Dios y palabra del hombre... Y el mismo Jesús nos va a dar el instrumento para vencer el pecado: contra el pecado la acción de Dios que es Amor. Por eso, si el hombre tiene amor y vive el amor, aunque algunas veces tenga pecado, puede quitarlo y vivir el amor, colaborando con Dios que es Amor. Así está definido Jesús desde el principio de su vida. Es que Jesús vio desde niño el montaje que había alrededor del Templo y de la Religión, sus pingües beneficios, especialmente para los que detentaban los poderes religiosos y políticos de su pueblo. Por eso decimos que su “*rollo*” empezó en Nazaret de Galilea, donde Jesús empezó su vida entre gentes sencillas y humildes.

Muerte y final de Jesús

Pasa Jesús, en poco tiempo, del populismo de los milagros y de que no le reconozcan por estos signos como Mesías -incluso ni sus mismos Apóstoles terminan de reconocerlo- a tener muchas y serías dificultades con los poderes establecidos. Pronto termina su primavera de Galilea y se encamina hacia Jerusalén proclamando su mesianismo abierta y provocativamente. Aunque le veamos entrando triunfalmente en la ciudad y que al llegar al Templo coja el látigo y vuelque las mesas y los puestos de cambio, no podemos caer en un falso espejismo por este breve triunfo. Va a terminar a los pocos días ante el Sanedrín humillado a los pies de los custodios del Templo y del orden en la ciudad...

Jesús es consciente de que se acerca su final. Ha hecho todo lo humanamente posible para que su mensaje fuera proclamado y escuchado por todos. Le faltaba consolidar un poco más al grupo de sus seguidores. A ellos encomienda su “*misión*” en la Última Cena por si a El le “ocurriera” algo. Esto lo hizo en el atardecer del día en que todos los judíos celebraban la Pascua en Israel. Y termina afrontando su “*misión*” hasta las últimas consecuencias y siendo testigo de la verdad y de lo que Dios quiere para todos los hombres hasta llegar a la muerte. ¡No fue por casualidad por lo que murió Jesús! No. Su muerte se veía venir.

¿Se desesperaron los discípulos?

Si miramos todo esto desde la perspectivas de sus amigos y discípulos, lo primero que constatamos es que estaban siempre llenos de admiración ante todo lo que decía y hacía su Maestro. A ellos no les cabían dudas: Para ellos Jesús de Nazaret era el *Mesías esperado*. Les faltaba todavía convencerse un poco más y creer de verdad en El hasta que no les quedara la menor duda. La pasión y muerte de su Maestro les va a plantear un gran “*desafío*”. Por eso este paso lo van a dar con gran costo. Judas, por ejemplo, no lo dio. Con la muerte de su Maestro, Jesús de Nazaret, se les acababan todos sus proyectos. Hasta en la misma crucifixión parece que el silencio del Padre se hace presente... E incluso hasta entre la misma gente sencilla se desmoronaban todas las ilusiones y todas las esperanzas que habían puesto en El... El grupo de discípulos y

amigos también se desmorona. Judas le traiciona. Pedro reniega de El. Y los demás le abandonan en la cruz... Jamás se imaginaron que Jesús llegara a tanto, a morir en la cruz, y que ellos terminaran huyendo. El silencio de Dios fue algo devastador. Jesús ha muerto. No ven más y se hunden. Este es el sentido histórico de la muerte de Jesús de Nazaret.

Resurrección de Jesús

Desde la situación de postración en que queda el grupo se va a producir el gran salto de la Resurrección. Jesús de Nazaret, el Resucitado, el Cristo de nuestra fe, va a pasar a ser desde ahora el núcleo de la predicación y de la misión de los Apóstoles. Su muerte y resurrección al tercer día será el misterio de Dios para con su Hijo y para nosotros. La muerte real de Jesús y su resurrección sólo se podrá captar desde nuestra fe en el Señor. Son acontecimientos que nos llevan a una historia más allá de nuestra historia... Por eso las apariciones de Jesucristo están narradas en un lenguaje especial. Es un género literario o una forma especial de narrar estos acontecimientos, que se apartan de las formas de narrar otros acontecimientos normales. Todas las apariciones son una revelación nueva, una revelación interna, fortísima, convincente y a la vez consoladora. Les van a llevar a que continúen la misma “*misión y tarea*” de Jesús de Nazaret por todo el mundo. Con estas apariciones y vivencias se les van a esclarecer todas las cosas que había dicho y hecho Jesús de Nazaret.

Y mirando todos estos acontecimientos desde la gente sencilla, el pueblo humilde y pobre va a sentir también como si fuera el mismo Jesús de Nazaret el que está continuando su “*misión y tarea*” entre ellos. No podía ser de otra manera... ¿Es que todo iba a terminar con la muerte del *mesías enviado*? Pensemos lo que podían sentir Zaqueo, Magdalena, Mateo... Se habían rehabilitado al contacto con Jesús... ¿Es que todo eso se podía quedar en una vana ilusión? Por eso, el pueblo sencillo, al empezar a oír la predicación de los Apóstoles y cómo les hablaban entusiasmados, a pesar de las dificultades, conectan con la predicación anterior de Jesús de Nazaret y le reconocen también como Resucitado entre ellos. Así de sencillo y así de fácil.

La acción del Espíritu Santo

El Espíritu Santo empieza a actuar de una manera *especial* entre los seguidores de Jesús de Nazaret. ¡No les queda la menor duda! El Espíritu es para ellos como un viento o un fuego que les empuja y calienta sin que le vean... Es como una lluvia que les empapa... Es el sello de Dios... Esa fue la experiencia de las primeras comunidades cristianas. Así el Espíritu Santo va a estar al servicio de la obra de Jesús de Nazaret. Por eso nosotros nos tenemos que poner en las mismas situaciones, haciendo las mismas cosas que hacía Jesús a los pobres, si queremos ser sus discípulos y queremos seguir siendo aquí los que completemos su tarea.

2. INTERPRETACION CRISTIANA

DEL CRUCIFICADO RESUCITADO

Después de la interpretación hecha por los Apóstoles y por los discípulos que habían convivido con Jesús de Nazaret de su muerte y de su resurrección, vamos a ver ahora cómo interpretaron esta misma muerte y resurrección las primeras comunidades cristianas y lo que pensaron y dijeron de estos acontecimientos en su predicación.

El Evangelio es una interpretación y un testimonio sobre Jesús resucitado

Los seguidores de Jesús de Nazaret llegaron a entender lo que fue su resurrección por el mensaje que de El habían escuchado, por lo que había hecho durante su vida, por sus milagros, por su trato con los pecadores, por su forma de vivir... y también por su forma de morir. El conjunto de la vida de Jesús ilumina los demás aspectos parciales de su actividad, y estos aspectos parciales evocan la imagen total del Jesús histórico y resucitado, entendiéndolo esto dentro del marco de todas las tradiciones judías con sus ideas, representaciones y expectativas propias. También podemos decir que la historia de los discípulos se ha incorporado a la historia de Jesús de alguna manera; o lo que es lo mismo, que en la historia de los que han seguido realmente a Jesús de Nazaret y en la huella que ellos mismos han dejado en esa historia nosotros podemos ver de alguna manera la verdadera huella que Jesús dejó.

El Evangelio no es una crónica o un diario de la historia de Jesús y de sus discursos

Jesús no nos dejó una serie discursos, ni de escritos... ni mucho menos un diario. Nada de eso. Jesús fue un hombre totalmente libre, que vivió pendiente del Dios soberanamente libre, al que El llamaba "*abba*". Jesús vivió olvidado de sí mismo y preocupado solamente de hacer la voluntad del Padre. Es así cómo anunció la venida del Reinado de Dios... Con esta fidelidad a su "*misión-vocación*" llega hasta la muerte. Y es así, en estos acontecimientos, cuando llega a su plenitud el Reinado de Dios, que es el mismo Reinado del Crucificado resucitado. Si Jesús, fascinado por el Padre, se olvida de sí mismo, llegando hasta la muerte, es en la resurrección de Jesús como el Padre-Dios "*revindica*" la historia de Jesús "*reviviéndolo y resucitándolo*". Esto es lo que es la resurrección y la "*parusía*": que Dios mismo identifica su Reinado con Jesús de Nazaret, el Crucificado resucitado. O lo que es lo mismo, el Reino de Dios "*anunciado*" a los antiguos llega a su plenitud realmente en el Crucificado "*viviente o resucitado*". Por eso, Jesús muerto y resucitado es el centro del Credo cristiano. Y también Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, es como la "*primicia*" del Reino de Dios. Esta va a ser una de las convicciones nucleares más importantes de las primeras comunidades cristianas.

Por eso tenemos que decir una vez más que el cristianismo no es un sistema filosófico más, o un sistema de verdades o de normas y leyes. No. El cristianismo es ante todo y fundamentalmente la experiencia vital de unas personas que se sienten unidas a Jesús de Nazaret. Experiencia vital que se está verificando constantemente a

través de las circunstancias nuevas de cada tiempo, pero siempre con una fidelidad creadora y dócil a la acción salvífica de Dios en su Hijo Jesús de Nazaret.

2.1. DESDE LAS DIVERSAS CRISTOLOGÍAS⁴

AL CREDO APOSTOLICO

La predicación y las catequesis de cada una de las comunidades que se van formando en Palestina alrededor de los Apóstoles y de los discípulos van cristalizando en diferentes “*explicaciones*” sobre la memoria de Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, en el sentido de que cada comunidad “*remarca*” más unos datos que otros. Esto es lo que queremos decir al hablar de las diversas *Cristologías*.

Hay una *Cristología* que ve a Jesucristo como Señor y Juez del mundo, que tiene que venir. En esta *Cristología* se presenta a Cristo como portador de la salvación futura, como Señor del futuro y Juez del mundo cuando “*vuelva*”. Seguramente es la *Cristología* más antigua. En ella se le nombra a Cristo como *Señor*, como *Hijo del Hombre*. Todas las comunidades que consideraron a Cristo Jesús así, vieron el anuncio y el mensaje mismo como una “*inminente*” venida del Reino de Dios y se “*situaron conscientemente*” en continuidad con el mensaje histórico de Jesús sobre la “*llegada del Reinado de Dios*”.

Otra *Cristología* o explicación acerca de Jesús muerto y resucitado es la que le ve como el Dios hombre, con poder divino, que realiza milagros, signos o hechos revestidos de cierta fuerza divina para la salvación de los hombres. Esta *Cristología* ve a Jesús como al mensajero, lleno de sabiduría, enviado por el Padre Dios como Maestro. Jesús para ellos es la sabiduría de Dios preexistente, encarnada entre nosotros y humillada por nosotros hasta la muerte, pero exaltada y glorificada en la resurrección.

Las *Cristologías* que consideran a Jesús de Nazaret como el “*crucificado resucitado*” son claramente pascuales. El principal impulsor de estas *Cristologías* es San Pablo, aunque no sean solamente de él. Tienen gran influencia en todos sus escritos. San Pablo presenta la muerte de Jesús como “*expiación*” para el perdón de nuestros pecados. Este es el centro de su predicación. También subraya Pablo el significado “*salvífico*” de la resurrección en cuanto manifestación de la victoria de Dios sobre todas las “*potencias*” de la injusticia y especialmente sobre el “*último enemigo del hombre*”, que es la muerte. Son estas *Cristologías* las que comienzan a utilizar el nombre de *Cristo* o *Mesías* para designar a Jesús de Nazaret. Con esto lo que quieren es subrayar que el mismo Jesús de Nazaret histórico, el crucificado, es el Mesías resucitado, el Cristo de nuestra fe. Es también en esta época cuando se empieza a utilizar para llamar a Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, *Jesucristo*⁵. Todo el sentido que tiene esta palabra para los creyentes es que Jesús de Nazaret es el Cristo o Mesías enviado por el Padre Dios como nuestro Salvador. Y esta Salvación la lleva a cabo con todo su mensaje, con toda su vida, con su pasión y muerte y, sobre todo, con su resurrección.

⁴ *Cristología* es la parte de la Teología que trata de explicar quién es Jesús de Nazaret y por qué le llamamos *Cristo*. Las explicaciones o conceptos que nos dan de El son muy diversas y, aunque en el fondo quieren afirmar lo mismo, sin embargo tienen matices que nos resultan importantes de subrayar.

⁵ Nombre contracto de Jesús y Cristo. Este nombre no se utilizó antes de su muerte y resurrección.

Continuidad entre el Jesús histórico y todas estas *Cristologías*

En todas estas *Cristologías* se da una continuidad histórica y material entre el Jesús de Nazaret, como hombre histórico, que nos comunica su mensaje con su vida y muerte, y toda la predicación pascual que llevan a cabo sus seguidores después de su muerte y resurrección. Es más, Jesucristo así va a constituir la norma y el criterio de la fe cristiana, especialmente en cuanto respecta a su pasión y muerte históricas, que es lo más profundamente humano de Jesús. Su historia de sufrimientos y su muerte se convierten así en el punto de partida de todo proyecto cristológico.

Todas estas diversas *Cristologías* confluyen después en una cierta síntesis, especialmente en lo que respecta a su orientación con vistas a la predicación y a la catequesis posterior a los gentiles. De todos modos tenemos que subrayar que en todas estas *Cristologías* está subyacente la memoria de Jesús, ya que todas las comunidades cristianas son como un reflejo del Jesús terreno, aunque cada comunidad subraye para ellos algunas de las facetas que consideran más importantes en la vida y en el mensaje del mismo Jesús de Nazaret para su comunidad. También se ve cómo luego toda la predicación y la catequesis evangélica va evolucionando lentamente hacia un único “*símbolo o credo apostólico*”, que acaba siendo la única norma o canon para nuestra fe.

Todas las *Cristologías* primitivas podríamos decir que son como el resumen y las líneas fundamentales que nos revelan lo que las comunidades cristianas van aceptando mediante la fe. O lo que es lo mismo, en todo esto se va viendo cómo se va revelando y cómo se va aceptando el significado actual, permanente y definitivo de la persona de Jesús de Nazaret; el significado de su mensaje y, sobre todo, el significado de su Resurrección, que es lo más importante de toda la revelación para nosotros. En pocas palabras, que la persona misma de Jesús de Nazaret es una historia de Dios para nosotros, porque sólo El puede hacernos partícipes de una Resurrección como la suya. También es cierto que el mensaje histórico de Jesús sobre la llegada del Reinado de Dios tiene un valor permanente y que su continuación se ha verificado con un nexo esencial en la misma persona de Jesús de Nazaret. Y lo que está en juego ahora no es sólo el mensaje del mismo Jesús, sino también el mensaje permanente de la persona del mismo Jesús, con su muerte y resurrección, que transmite la comunidad de los creyentes a los hombres de cada época o nación.

2.2. EL MESIANISMO DE JESUCRISTO

Aunque hemos hablado antes de cómo las primeras comunidades reconocen a Jesús resucitado como Cristo y Mesías, conviene que nos paremos un poco en ver cómo era esa expectación mesiánica en el pueblo de Israel y los diversos conceptos que se tenían del mesianismo.

La expectación mesiánica es algo importante desde muy antiguo en la historia del pueblo de Israel y, especialmente, es algo que, en los tiempos de Jesús, alrededor de su persona y de su mensaje, se acentúa mucho más. Los que le oían a Jesús, impresionados por su autoridad y por su poder en la predicación y en los signos y milagros que hacía, llegaban a preguntarse: “¿No es éste el Mesías?” (Jn 4, 29). Ante esta cuestión la gente está dividida. Por un lado, las autoridades están totalmente en contra y deciden excomulgar a todo el que le reconozca como Mesías. Y por otro lado, está el pueblo en general y especialmente los que recurren a su poder milagroso, que lo invocan abiertamente como Hijo de David y Mesías. Así vemos que lo reconocen Marta y María en los momentos en que Jesús les dice que El es la resurrección y la vida y resucita a su hermano Lázaro. Y aún más claramente lo reconoce en el acto de fe Pedro, cuando Jesús les pregunta a los discípulos: “Y vosotros ¿quién decís que soy yo? -Tú eres el Mesías...” (Mc 8, 29). Esta fe es auténtica, como lo reconoce seguidamente el mismo Jesús. Aunque, luego veremos que Pedro necesitará todavía perfeccionarla y purificarla.

Rechazo del mesianismo político y dinástico como realeza temporal

Jesús, ante este título de Mesías que la gente le da, adopta una actitud reservada. Se deja llamar Hijo de David, pero prohíbe muchas veces que le declaren y digan a la gente que es el Mesías (Mt 16, 20). Y también pone Jesús gran empeño en purificar la idea que de su mesianismo pueden tener sus discípulos con El. No quiere que le vean como un Mesías revestido de gran poder y gloria, que viniera a liberar a su pueblo Israel del Imperio de los Romanos. Esto desconcertó a muchos judíos e incluso a sus mismos amigos y discípulos. Su mesianismo era de otro tipo.

El auténtico mesianismo de Jesucristo

El mesianismo de Jesús de Nazaret está claramente en la línea profética y sapiencial, tal como la describe en los cánticos del siervo de Yahvé el Profeta Isaías (cap.49-61). Desde el comienzo de su vida pública va a ser Jesús el siervo “*humilde y doliente*” que sólo entrará en su “*gloria*” por el sacrificio de su vida. Puede parecer que la entrada de Jesús en Jerusalén y el que sea aclamado con ramos como Hijo de David es un momento triunfal y propio del mesianismo político que rechazó antes; pero no es tal. Jesús entra a lomos de un pobre asno, no en un caballo blanco propio de vencedores. Luego, a los pies de los Sacerdotes en el Sanedrín, cuando el Sumo Sacerdote le pregunte solemnemente si es el Mesías, Jesús no lo negará, pero lo interpretará en una perspectiva trascendente, como Hijo del Hombre, destinado a sentarse a la derecha de Dios y revestido de esos poderes de profeta escatológico, como juez de vivos y muertos con su vida y mensaje. Esta confesión la hace Jesús en los momentos en que empieza su pasión y además va a ser uno de los motivos principales que le van a llevar a su condenación.

Sólo después de resucitar Jesús es cuando van a poder comprender los discípulos qué implicaba exactamente lo que les dijo en el camino de Emaús: “*¿No era necesario que Cristo soportara estos sufrimientos para entrar en su gloria?*” (Lc 24, 26). Y es que según las Escrituras: “*El Cristo debía morir y resucitar para que en su nombre se proclamara la conversión a todas las naciones con miras a la remisión de los pecados*” (Lc 24, 46). Este mesianismo supera así el mesianismo político nacionalista que esperaban interesadamente los judíos para la liberación de su pueblo del dominio de las potencias extranjeras. Mientras que el mesianismo auténtico de Cristo abre unas perspectivas universales como Reinado de Dios para toda la humanidad. Un mesianismo que nos ofrece la superación de todas las potencias del mal, si nosotros seguimos a Jesús de Nazaret en su camino de aceptación de todos los males y sufrimientos siempre en actitud de aceptación y de amor a los demás.